

Mr. de Beranger tiene comunmente por demonio familiar una de esas musas que lloran riendo, y cuyas alas dilata el infortunio.

Los fundadores de nuestra escuela moderna histórica reclaman ya toda nuestra atención.

Ya he dicho anteriormente que Mr. Barante habia creado la escuela descriptiva, y he dado cuenta al público de la *Historia de los duques de Borgoña*. Recorriendo ahora su nueva carrera, poco importan sin duda á Mr. de Barante los elogios literarios; séame permitido, sin embargo, manifestar mi sentimiento por la no publicacion de la *Historia del Parlamento* que nos habia ofrecido. Quizá la continuará si alguna vez se ve libre de los negocios, pues las letras son la esperanza para entrar en la vida pública, y el reposo cuando se sale de ella.

MM. Thiers y Mignet son los gefes de la escuela fatalista, y MM. Thierry, Guizot y Sismondi los grandes reformadores de nuestra historia general: me ocuparé primeramente de los postreros.

Enlazando en cuanto á los hechos la historia de Adriano de Valois con las observaciones de MM. Thierry, Guizot y Sismondi, no queda ya casi nada que decir por lo que toca á la primera y la segunda raza de nuestros reyes.

Las *Cartas de Mr. Thierry sobre la Historia de Francia*, obra excelente, se refieren á un tiempo cuyo verdadero carácter está desfigurado por nuestra escuela antigua. Mr. Thierry, como todos los hombres que tienen conciencia y están dotados de un talento verdadero y progresivo, ha corregido lo que le pareció dudoso en las primeras ediciones de su hermosa y sabia *Historia de la conquista de Inglaterra*, y en sus *Cartas sobre la historia de Francia*. Ha modificado algunas de sus opiniones, porque la experiencia ha venido á rectificar ciertos juicios demasiado absolutos; nunca deploraremos bastante el exceso de trabajo que ha privado de la vista á Mr. Thierry. Confiemos en que dictará largo tiempo aun á sus amigos para consuelo de sus admiradores (en cuyo número quiero que me cuente el primero), las páginas de nuestros anales; y la historia tendrá su Homero, como la poesía. Tendré nuevas ocasiones de hablar de Mr. Thierry en este prefacio, del mismo modo que me he complacido en poderle citar y en apoyarme en su autoridad en estos *Estudios históricos*.

El *Curso de Historia* de Mr. Guizot en lo concerniente á la segunda raza, es de gran mérito: se podría no convenir con el docto profesor en algunos pormenores; pero ha distinguido con una razon ilustrada las causas generales de la descomposicion y recomposicion del orden social en los siglos viii y ix. Hállanse igualmente lecciones curiosas sobre la literatura civil y religiosa, y multitud de hechos exactos, bien observados y escritos con imparcialidad. Mr. Guizot ha sido reemplazado en su cátedra, por uno de los escritores jóvenes de nuestra época que se ha anunciado en Francia con el mayor brillo, Mr. Saint-Marc Girardin.

Mr. Sismondi, conocido por su *Historia de las repúblicas italianas*, es un autor de mérito que se ha consagrado á la historia de Francia con una afición digna de elogio. Harto preocupado quizá con las ideas modernas, ha juzgado demasiado lo pasado por lo presente; un poco de acrimonia filosófica, natural sin duda, le ha hecho tratar severamente á algunos hombres y reinados; pero ha sido uno de los primeros que han penetrado el partido que los pueblos pueden sacar hasta de sus crímenes; las elucubraciones de este sabio analista deben leerse con precaucion pero estudiarse con fruto.

Aunque estoy de acuerdo con los escritores que acabo de citar, sobre la mayor parte de los hechos que han rectificado en nuestros historiadores de la antigua escuela, tales como la semejanza que dichos

historiadores establecian entre los Francos y los Francos, la supuesta emancipacion de las municipalidades, por Luis el Gordo, etc. no lo estoy sin embargo en otros puntos, y me veo obligado á diferir de la opinion de estos maestros.

La inexorable historia rechaza los sistemas mas ingeniosos cuando no están apoyados en documentos auténticos.

Se habla como del descubrimiento mas importante de la escuela moderna de una segunda invasion de los Francos, es decir, de una invasion de los Francos de Austrasia al reino de los Francos de Neustria; invasion que se supone haber sido la causa del encumbramiento de la segunda raza.

Para admitir semejante novedad, preciso es, en mi concepto referirse á algo mas que á meras conjeturas. ¿Inferese de los pasajes inéditos, de los documentos, de los diplomas desconocidos hasta el día? No: nada positivo se ha citado en apoyo de una asercion cuyas pruebas cambiarían los tres primeros siglos de nuestra historia: nos vemos, pues, precisados á indagar en qué apariencia de verdad se funda un hecho que debían recordar todas las crónicas. ¿Qué! ¿se habrá descubierto de repente en el siglo xix una segunda invasion de los Francos, sin que nadie haya oído hablar de ella antes de esta época? ¿Ni los benedictinos, ni los sabios de la Academia de las Inscripciones, ni hombres como Tillet, Duchesne, Baluze, Bignon, Adriano de Valois, ni todos los historiadores de Francia, por diversas que hayan sido sus opiniones y doctrinas; ni los críticos como Scaligero, Du-Plessis, Bullet, Bayle, Secousse, Gibert, Treret, Lebeuf; ni los publicistas como Bodin, Mably, Montesquieu, habrían visto nada sobre este asunto? Esto solo me haría dudar, porque no tengo seguridad alguna en mis propias luces. Hace sin embargo treinta años que leo con la pluma en la mano los documentos de nuestra historia, y no he descubierto el menor vestigio de un acontecimiento que debiera haber producido tan grave revolucion.

Pronto siempre á reconocer la superioridad de los demás y mi propia debilidad, cediendo quizás con harta ligereza, á los consejos y á las críticas, he disputado conmigo mismo para convencerme de una cosa que los hechos me negaban. Pepino de Heristal, duque de Austrasia, al frente del ejército austrasiano derrotó á Thierry III, rey de Neustria, y usurpó su autoridad con el nombre de mayordomo de palacio hacia el año 690. ¿Será esto lo que habrán calificado de segunda invasion de los Francos?

Pero despues del establecimiento de estos en las Galias, desde Clovis hasta Pepino, gefe de la segunda raza, los reinos de los Francos se habian hostilizado sin cesar unos á otros, consecuencia inevitable del repartimiento de la sucesion real, que se reprodujo en los reinados de los descendientes de Carlo-Magno. Así se habian formado y desaparecido alternativamente los reinos de Metz, Soisons, Orleans, París, Borgoña, y Aquitania. Sospecho que se haya calificado de nueva invasion de los Francos alguna otra guerra civil entre las tribus francas.

No me parece mejor demostrado que los Francos de Austrasia fuesen mas numerosos, y hubiesen conservado mejor el carácter sálico que los Francos de Neustria. Los Francos neustrasianos no se extendian mas allá del Loira: el país que se extendía á la otra parte de este rio reconocía apenas su autoridad, y se veían obligados á llevar allí sus armas; el mismo Mr. Thierry cita un ejemplo de los estragos que á su paso cometían. Estoy convencido de que los sabios cuyas opiniones no admito en este punto, examinarán á su vez con mas detenimiento un hecho tan grave. Quizá á su vez me echarán en cara mi atrevimiento, cuando me vean dudar sobre el significado que se da á la palabra *franco*, y no tener seguridad de que haya existido jamás

una *liga* de pueblos germánicos conocidos con el nombre de *francos* por la razon misma de su *confederacion*.

Pasemos á los escritores de la escuela moderna del sistema fatalista.

Llaman principalmente la atencion dos de estos escritores: unidos entre sí por el triple lazo de la amistad, de la opinion y del talento, se han repartido la narracion de los fastos revolucionarios.

Mr. Mignet ha encerrado en una obra breve y filosófica, los sucesos que Mr. Thiers ha presentado bajo mas extensas formas. Hállase en el primero multitud de rasgos tales como el siguiente: «Las revoluciones que ocupan á muchos gefes no se entregan sino á uno solo.»—En revolucion todo depende de la primera negativa y de la primera lucha. Para que se verifique pacíficamente una innovacion, es preciso que no encuentre oposiciones; porque en este caso, en lugar de reformadores sabios y prudentes no se muestran en la escena sino reformadores extremados é inflexibles.... Con una mano combaten para defender su deminacion, y con la otra fundan un sistema para consolidarla.»

El retrato de Danton está trazado con mano maestra: «Danton, dice el autor, era un revolucionario gigantesco.... Danton á quien se ha denominado el Mirabeau del populacho, tenia mucha semejanza con aquel tribuno de las clases elevadas. Este poderoso demagogo presentaba una mezcla de vicios y de cualidades contrarias. Aunque se habia vendido á la corte, no era sin embargo vil, porque hay caracteres que saben dar brillo á la baja.... Una revolucion era á sus ojos un juego en que el vencedor, si la necesitaba, ganaba la vida del vencido.» La lucha de Robespierre contra Camilo Desmoullins y Danton está representada con sumo interés, y el historiador interpola en su narracion los discursos y las palabras de aquellos hombres sanguinarios. Danton, en el momento de perecer, pesaba así sus destinos: «Mas quiero ser guillotinado que guillotinado: nada vale mi vida y la humanidad me fastidia.» Aconsejábanle que partiese: ¡Partir! ¿Puede uno acaso llevarse la patria en la suela del zapato? Encerrado en el calabozo que habia ocupado Hebert, decía: «En esta misma época fue cuando hice instituir el tribunal revolucionario: pido perdon á Dios y á los hombres, pues no era mi intencion que llegase á ser el azote del género humano.» Interrogado por el presidente Dumas, respondió «Soy Danton, tengo treinta y cinco años, y mi mansion será pronto la nada.» Sentenciado gritó: «Arrostró en pos de mí á Robespierre: Robespierre me sigue.» El terror ha pasado en estas palabras á la narracion del historiador.

Hablando el autor de la muerte de Robespierre, dice: «El hombre de faccion debe perecer en los cadalsos como los conquistadores en la guerra.» Aquí brilla la elocuencia aplicada á la razon.

Mr. Mignet ha trazado un bosquejo bellísimo, y Mr. Thiers ha pintado el cuadro. Voy á poner á la vista de mis lectores la muerte de Mirabeau y la de Luis XVI, tanto mas, cuanto que no teniendo el autor que representar personajes plebeyos, objeto de su predileccion, admira sin embargo la verdad de su conviccion y de su talento, superando en él la seducccion de su sistema. Conozco que si hubiese de hablar como historiador de Mirabeau y de Luis XVI, seria mas severo que Mr. Thiers; preguntaría si todos los vicios del primero pertenecían á un político eminente, y si todas las virtudes del segundo eran las de un gran monarca. «Mirabeau, dice el autor, sorprendió principalmente en esta ocasion por su audacia; nunca quizá habia subyugado tan imperiosamente la Asamblea. Pero se aproximaba su fin, y aquellos eran sus últimos triunfos. La filosofía y el humor festivo brillaron en sus postreros instantes. Pálido y con los ojos profundamente hundidos, parecia muy otro en la tribuna, y

acometíanle con frecuencia repentinos síncope. Los excesos del placer y del trabajo, y las emociones de la tribuna, habian gastado en poco tiempo aquella complexion tan vigorosa.... Tomó por última vez la palabra cinco veces seguidas, y salió fatigado para no volver á presentarse mas: el lecho de muerte le recibió, y solo lo entregó al panteon. Había exigido de Cabanis que no se llamasen mas médicos, y sin embargo, no se le obedeció; aquellos vieron acercarse la muerte, que se habia apoderado ya de los pies, siendo la cabeza la última que sucumbió á ella, cual si la naturaleza hubiera querido dejar brillar su genio hasta el último instante. Un pueblo inmenso se apiñaba en torno de su morada, y ocupaba todas las avenidas en el mas profundo silencio.... Mirabeau mandó abrir las ventanas: Amigo mio, dijo á Cabanis, hoy moriré: ya no falta mas que cubrirse de perfumes, coronarse de flores y rodearse de músicas para entrar apaciblemente en el sueño eterno. De tiempo en tiempo los agudos dolores interrumpian tan nobles y tranquilos discursos. Habiais prometido, dijo á sus amigos, ahorrarme padecimientos inútiles. Al decir esto pidió con instancia opio: y habiéndose negado, lo exigió con su acostumbrada violencia. Entonces, para satisfacerle, le entregaron una copa, persuadiéndole que contenía aquella droga. Asíó la bebida que creía mortal, y pareció quedar contento: un instante despues espiró. Era el 20 de abril de 1793..... La Asamblea interrumpió sus trabajos, se decretó un luto general, y se prepararon magníficas exequias. Pidióse que algunos diputados acompañasen el cadáver: Todos iremos, gritaron los demás. La iglesia de Santa Genoveva se erigió en Panteon con este rótulo, que no existe en el momento en que refiero estos hechos:

A LOS HOMBRES GRANDES LA PATRIA RECONOCIDA. Se ha vuelto á colocar esta inscripcion: ¿Subsistirá? ¿Quién sabe lo que encierra el porvenir? ¿Quién conoce á los hombres grandes y quién los juzga? No quiero proseguir investigacion alguna bajo la losa de un sepulcro; cuando la muerte ha aplicado su mano al rostro de un hombre, no queda lugar para el insulto: pero las pasiones políticas son menos escrupulosas y con tal que una revolucion llegue á durar algunos años, pocas glorias permanecen seguras en la tumba. Comparando la narracion de Mr. Thiers con la de Madama de Staël, se podrá sorprender algunos secretos del talento.

Pasemos á la muerte de Luis XVI. Apoderándose la inocencia de la víctima, del ingenio del autor, le subyuga y se reproduce toda entera en estas elocuentes palabras:

«En París reinaba un estupor profundo: la audacia del nuevo gobierno habia causado el efecto ordinario que produce la fuerza en las masas: habíalas paralizado y reducido al silencio. El consejo ejecutivo estaba encargado de la dolorosa mision de hacer cumplir la sentencia. Hallábanse reunidos todos los ministros en la sala de sus sesiones, y parecían llenos de consternacion: resonaban los tambores en la capital, y todos los ciudadanos á quienes ninguna obligacion llamaba á figurar en aquella jornada terrible, se ocultaban en sus casas. Veíanse cerradas las puertas y las ventanas, y cada cual aguardaba en su morada el triste acontecimiento. A las ocho salió el rey del Temple. En la delantera del carruaje iban algunos oficiales de gendarmeria; á quienes confundía la piedad y resignacion de la víctima. Una multitud armada formaba la carrera y el coche caminaba lentamente en medio del silencio universal. Habíase dejado un espacio vacío alrededor del cadalso, que rodeaban los cañones; y el vil populacho, pronto siempre á ultrajar al genio, á la virtud y al infortunio se situaba detrás de las filas de los federados, y él solo daba señales exteriores de satisfaccion.»

Las campañas de Italia formaban en la obra de Mr. Thiers un episodio separado, que bastaría por sí solo para señalar al autor un rango elevado entre los historiadores. Después de este homenaje sin reserva, tributado á los gefes de la escuela fatalista, juzgo me será permitido aventurar algunas reflexiones sobre su sistema, porque se ha abusado mucho de él.

Los discípulos, como sucede siempre, careciendo del talento de sus maestros, juzgan excederles en mé-

rito exagerando sus principios. Ha aparecido una escasa secta de teoristas del terror, cuyo objeto exclusivo es justificar los excesos revolucionarios: especie de arquitectos con esqueleto y cabeza de muerto, como los que se encuentran en las catacumbas de Roma. Tan pronto les parecen los asesinatos producciones llenas de ingenio, como dramas terribles, cuya grandeza cohonestaba su sangrienta crueldad. Convierten los acontecimientos en personajes, y si bien no dicen.



LOS TITULOS DE LA NOBLEZA SON ARROJADOS AL FUEGO.

«Admirad á Marat» gritan: «Admirad sus obras:» el homicida no es una hermosa figura, pero el homicidio es divino. Los miembros de los comités revolucionarios pudieron muy bien ser asesinos públicos, pero sus asesinatos son sublimes; examinad sino los grandes resultados que produjeron: los hombres nada son: las cosas lo son todo, y á estas no se las debe culpar. En otro tiempo se decía: «Aborreceid al crimen y perdonad al criminal.» Si se diera crédito á los parodistas de MM. Thiers y Mignet, la máxima debería expre-

sarse en sentido inverso y sería preciso decir: Aborreceid al criminal y perdonad.... ¿Qué digo? amad, respetad el crimen.

Necesario es que el historiador, según el sistema, refiera las mayores atrocidades sin indignación, y hable de las virtudes mas elevadas sin amor; que con una mirada indiferente considere la sociedad como sometida á ciertas leyes irresistibles, de suerte que cada cosa acontezca como debía acontecer, esto es, inevitablemente. El inocente ó el hombre de talento

debe morir, no porque sea inocente ú hombre de talento, sino porque su muerte es necesaria, y porque su vida opondría obstáculos á un hecho general colocado en la serie de los acontecimientos. En tal caso nada es la muerte; es un mero accidente mas ó menos patético: preciso era que tal ó cual individuo desapareciese para el progreso de tal objeto, para la realización de tal verdad.

Hállanse mil errores detestables en este sistema. Introducida la fatalidad en los acontecimientos humanos, no tendria siquiera la ventaja de trasladar á la

Historia el interés de la fatalidad trágica. Véase un personaje víctima, en la escena, de su inexorable destino; véasele perecer á pesar de sus virtudes, y resulta un no sé qué terrible de este resorte puesto en movimiento por el poeta. Pero representese la sociedad como una especie de máquina que se mueve ciegamente en virtud de leyes físicas ocultas; verifíquese una revolución solo porque debe verificarse; que bajo las ruedas de su carro, como bajo las del carro indio, sean aplastados á la aventura inocentes y culpables; que el indiferentismo ó la piedad sean una misma cosa



ORÍGEN DE LOS FEUDOS, FÓRMULA DEL JURAMENTO.

respecto del vicio y de la virtud; y esta fatalidad del objeto, esta impasibilidad del hombre serán brutales, no trágicas. Este nivel histórico, lejos de manifestar vigor, descubre tan solo la impotencia del que lo emplea en los hechos. Me atrevo á asegurar que los dos historiadores que han producido tan malhadados imitadores eran muy superiores á la opinion, cuyo germen se ha creído encontrar en sus obras.

¡No! Si se separa la verdad moral de las acciones

humanas, falta la regla para juzgar tales acciones: se suprime la verdad moral de la verdad política, carece esta de fundamento, y entonces no hay razon alguna ya para preferir la libertad á la esclavitud, ni el órden á la anarquía. ¡Mi interés! responderéis. ¿Y quién os ha dicho que es mi interés el órden y la libertad, si amo el poder á semejanza de tantos revolucionarios? Si quiero apoderarme de lo que deseo, si no me contento con ser un ciudadano pobre y os-

curo, ¿á nombre de qué ley me obligareis á doblegarne bajo el yugo de vuestras ideas?—Por medio de la fuerza. ¿Y si soy yo el mas fuerte?—Destruyendo la verdad moral me restituireis al estado de la naturaleza, y todo me será permitido, os contradecís á vosotros mismos cuando con el objeto de contenerme me haláis de ciertas necesidades que no reconozco. Mi regla es mi brazo: lo habeis desencadenado, lo extenderé para robar ó herir, segun convenga á mi ambicion ó á mis odios.

Gracias al cielo, no es cierto que un crimen sea útil nunca, ni que la injusticia sea en tiempo alguno necesaria. No digamos que si en las revoluciones no hubiese perecido este ó aquel hombre inocente ó ilustre, contrario á estas revoluciones, habria paralizado su curso, y que el todo no debe sacrificarse á la parte. Ciertamente ese hombre virtuoso ó de talento hubiera podido amortiguar el movimiento; pero la injusticia ó el crimen ejecutados en su persona, retrasan mil veces mas ese movimiento. El recuerdo de los excesos revolucionarios ha sido y es todavía entre nosotros el mayor obstáculo para el establecimiento de la libertad.

Si pasando en silencio los bienes que ha hecho la revolucion, las preocupaciones que ha destruido y las libertades que ha establecido en Francia, se trazara la historia de la revolucion por sus crímenes, sin añadir una sola palabra ni una sola reflexion al texto, expresando tan solo íntegramente todos los horrores propalados y cometidos en París y en las provincias por espacio de cuatro años, esta cabeza de Medusa haria retroceder tantos siglos al género humano que llegaria hasta los últimos límites de la esclavitud, porque aterrada la imaginacion se resistiria á creer que en semejantes atentados se ocultara el menor destello de bien. Tan extraño error es este, como el de ensalzar semejantes crímenes para hacer amable la revolucion. No fueron el año 1793 y sus excesos los que produjeron la libertad: aquel tiempo de anarquía originó tan solo el despotismo militar; y aun duraria este si el que habia hecho su cómplice a la gloria, hubiera sabido mostrar cierta moderacion en los goceos de la victoria. El régimen constitucional brotó de las entrañas del año 1789, y hemos vuelto despues de largos estravios al punto de partida; mas, ¿cuántos viajeros han quedado en el camino!

Todo cuanto puede hacerse por medio de la violencia, hubiérase podido ejecutar al abrigo de la ley, pues el pueblo que tiene la fuerza para proscibir, la tiene asimismo para obligar á la obediencia sin proscipcion. Si admitis que alguna vez es permitido faltar á la justicia bajo el pretexto del bien público, ved aquí á lo que os conduce esta máxima: hoy sois los mas fuertes, matais á nombre de la libertad, la igualdad y la tolerancia; pero mañana sereis los mas débiles, y otros darán muerte á nombre de la esclavitud, de la desigualdad y del fanatismo, ¿Qué responderéis? Serviais de obstáculo á lo que se queria, y ha sido necesario hacerlos desaparecer: necesidad enojosa sin duda alguna, pero al fin es necesidad: estos son vuestros principios, sufrir, pues, sus consecuencias. Mario derramaba la sangre en nombre de la democracia, y Sila en el de la aristocracia, en tanto que Antonio, Lépido y Augusto creyeron útil cercenar las cabezas que soñaban todavía con la libertad romana. No censuraremos á los asesinos de la Saint Barthelemy, toda vez que se veian obligados (á pesar suyo sin duda) á obrar así para conseguir sus fines.

Solamente perecieron seis mil víctimas, se dice, por orden de los tribunales revolucionarios. Este aserto es inexacto. Tomemos las cosas desde su origen.

El primer número del *Boletín de las Leyes* contiene el decreto por el cual se instituyó el *tribunal revolucionario*; consérvase este decreto al frente de aquella coleccion, no para hacer uso de él, supongo, en

tiempo ni ocasion alguna, sino como una inscripcion terrible grabada en el frontispicio del templo de las leyes, para aterrar al legislador é inspirarle horror á la injusticia. Declara el decreto que el único castigo aplicado por el tribunal revolucionario, es la pena de muerte. El artículo 9.º autoriza á todo ciudadano para prender y conducir ante los magistrados á los *conspiradores* y los *contrarevolucionarios*; el artículo 13 dispensa de la prueba de testigos, y el artículo 16 priva de defensor á los *conspiradores*. Este tribunal no permitia apelacion.

Hé aquí por de pronto la gran base sobre la cual es necesario sentar nuestra admiracion: ¡Honor á la equidad revolucionaria! ¡Honor á la justicia de las cavernas! Examinemos ahora los actos dimanados de aquella justicia. El republicano Prudhomme, que no aborrecia la revolucion y que escribió cuando la sangre no habia perdido aun su calor, nos ha dejado seis volúmenes de pormenores. Dos de estos volúmenes están consagrados á un diccionario donde se halla inscrito cada *criminal* por orden alfabético con su nombre, apellido, edad, patria, calidad, domicilio, profesion, fecha y causa de su sentencia, dia y sitio de la ejecucion. Encuéntranse entre los guillotina- dos 18,613 víctimas, repartidas de este modo:

Ex-nobles.	1,278
Señoras, id.	750
Mujeres de labradores y artesanos.	1,467
Religiosas.	350
Clérigos.	1,135
Plebeyos de distintos estados.	13,633

Total: 18,613

Mujeres muertas á consecuencia de abortos.	3,400
Mujeres embarazadas y parturientas.	348
Mujeres muertas en la Vendée.	45,000
Niños id., id.	22,000
Muertos en la Vendée.	900,000

<i>Victimas durante el proconsulado de Carrier en Nantes.</i>	32,000
Niños fusilados.	500
Idem ahogados.	1,500
Mujeres fusiladas.	264
Idem ahogadas.	500
Clérigos fusilados.	300
Idem ahogados.	460
Nobles ahogados.	1,404
Artesanos id.	5,300
Victimas de Lion.	31,000

No comprendemos en este cuadro los asesinados en Versailles, en los Carmelitas, en la Abadía y en la nevera de Aviñon; ni los fusilados de Tolon y de Marsella despues de los sitios de estas dos ciudades; ni el degüello de la pequeña ciudad provenzal Bedoin, cuya poblacion pereció por completo.

Para la ejecucion de la ley del 21 de setiembre de 1793 sobre los sospechosos, fueron instalados en toda la superficie de la Francia mas de cincuenta mil comités revolucionarios, que segun los cálculos de Cambon, individuo de la Convencion, costaban anualmente quinientos noventa y un millones del papel llamado *asignado*. Cada miembro de estos comités recibia tres francos diarios y su número ascendia á quinientos cuarenta mil: de este modo eran quinientos cuarenta mil los acusadores que tenian derecho de condenar á muerte.

Contábanse solo en París setenta comités revolucionarios; y cada uno de ellos tenia su cárcel para detener á los sospechosos.

Obsérvese que no son solo los nobles, los sacerdotes y los religiosos los que figuran aquí en el registro mortuario; si se tratara tan solo de tales personas, el terror seria verdaderamente virtud: ¡*Canalla! ¡raza de necios!* Pero es el caso que perecieron diez y ocho mil novecientos veinte y tres individuos de diferentes estados, no nobles; dos mil doscientas treinta y una esposas de labradores ó artesanos; dos mil niños guillotina- dos, ahogados y fusilados; y en Burdeos se guillotina- ba por el crimen de *negociantismo*. ¡Las mujeres! ¡Sabeis que en ningun país, en ninguna época, en ninguna nacion del mundo, ni en proscipcion política alguna, han sido entregadas las mujeres al verdugo, exceptuando algunos hechos aislados de Roma en tiempo de los emperadores, y de Inglaterra en el de Enrique VIII, la reina María y Jacobo II? Únicamente el Terror ha ofrecido al universo el infame y despidado espectáculo del asesinato jurídico de las mujeres y los niños en masa.

El girondino Rivulle, prisionero con Vergniaud, con madama Roland y sus amigas de la Consergeria, refiere lo que sigue en sus *Memorias de un preso*: «Las mujeres mas hermosas, las mas jóvenes, las mas interesantes caian confundidas en aquel abismo (la Abadía), del que salian para ir á docenas á inundar con su sangre el cadalso.

Hubiérase podido decir que el gobierno estaba en manos de esos hombres depravados, que no contentos con insultar al sexo de la hermosura con sus monstruosos apetitos, le profesaban ademas un odio implacable. Jóvenes embarazadas, otras recién paridas y que permanecian aun en el estado de debilidad y palidez consiguiente á este esfuerzo extraordinario de la naturaleza, estado que respetaran los pueblos mas salvajes; jóvenes en cuyos pechos se habia suspendido de repente el curso del primer alimento del niño, ó á causa del espanto ó por haberlas arrebatado los hijos de su seno, eran sepultadas dia y noche en aquel abismo. Llegaban arrastradas de calabozo en calabozo, sujetas sus débiles manos con indignos hierros, y algunas llevaban argollas al cuello. Unas entraban desmayadas y en brazos de los criados de los carceleros, que se reian de ellas, y otras en un estado de estupor é imbecilidad. Hacia los últimos meses particularmente, (antes del 9 termidor), reinaba allí una actividad infernal: crujián dia y noche los cerrojos: llegaban por la tarde sesenta personas para ir al cadalso al día siguiente, y eran reemplazadas luego por cien mas, á las que aguardaba dentro del mismo plazo igual suerte.

«Catorce doncellas de Verdun, de un candor sin igual, y que parecian unas vírgenes consagradas á una fiesta pública, pisaron juntas el patíbulo. Desaparecieron á la par sacrificadas en su primavera: el patio de las mujeres, presentaba al otro dia de su muerte el aspecto de un jardín despojado de sus flores por la tormenta. Nunca he visto entre nosotros una desesperacion igual á la que produjo semejante barbarie.

«Perecieron tambien juntas veinte mujeres del Poitou, siendo su mayor parte unas pobres labriegas: pareceme ver todavía á aquellas víctimas desgraciadas; pareceme verlas tendidas en el patio de la Consergeria, postradas por el cansancio del largo camino, y durmiendo sobre el empedrado.... En el momento de salir para el suplicio, arrancaron de brazos de una de aquellas desgraciadas, un niño que en aquel instante mamaba una leche cuyo manantial iba á secar el verdugo, ¡Oh gritos del amor maternal, cuán penetrantes fuisteis, mas cuán estériles!... Algunas de estas mujeres murieron en la carreta, y sus cadáveres freron guillotina- dos. ¿No vi acaso, pocos dias antes del 9 termidor, otras mujeres arrastradas al suplicio? Habianse declarado embarazadas... ¡Y son estos los hombres, los franceses á quienes sus mas

elocuentes filósofos, predicar hace sesenta años la humanidad y la tolerancia!

«Ya se habia practicado en la plaza de San Antonio un inmenso acueducto por donde debia correr la sangre. Preciso es decirlo, por horroroso que sea, todos los dias sacaban en cubos la sangre humana, y en el momento de la ejecucion se ocupaban cuatro hombres en vaciarlos en aquel acueducto.

«A las tres de la tarde bajaban al tribunal estas largas procesiones de víctimas, y atravesaban lentamente bajo anchurosas bóvedas, por medio de los presos que se colocaban en fila con un ansia sin igual para verlas pasar. Yo vi caminar á la muerte con el mismo ademán conque caminaban en otro tiempo á las ceremonias públicas, á cuarenta y cinco magistrados del parlamento de París, y á treinta y dos del de Tolosa; vi pasar con paso lento y seguro á treinta propietarios; los veinte y cinco primeros comerciantes de paños de Sedan, compadecian al acercarse su fin á diez mil jornaleros á quienes dejaban sin pan. Yo vi á aquel Baysser, *terror de los rebeldes de la Vendée*, y el mas apuesto soldado que ha tenido la Francia; yo vi á todos aquellos generales á quienes la victoria acababa de cubrir de laureles, trocados de repente en fúnebres cipreces; vi por último á todos aquellos militares jóvenes tan aguerridos y vigorosos... caminaban en silencio... únicamente sabian morir.»

Prudhomme da la última mano á este cuadro: «La mision de Lebon en los departamentos que lindan con el Norte, puede ser comparada á la aparicion de aquellas negras furias tan temidas en los tiempos del paganismo....

En los dias festivos colocábase la orquesta al lado del cadalso, y Lebon decia á las doncellas que se hallaban allí: «Seguid la voz de la naturaleza, entregaos, abandonaos á los brazos de vuestros amantes...

«Algunos niños á quienes habia corrompido componian su guardia, y eran los espías de sus padres. Algunos de ellos tenian guillotinas pequeñas con las cuales se divertian en dar la muerte á pajarillos y ratones.» Sabido es que Lebon, despues de haber abusado de una mujer que se habia entregado para salvar á su marido, asesinó á este infeliz en presencia de la desventurada esposa, á la que únicamente quedó todo el horror de su sacrificio: género de atrocidad tan comun entonces, que dice Prudhomme no podria contarse su número.

Carrier se distinguió en Nantes. «Cerca de ochenta mujeres sacadas del depósito y conducidas al lugar de la matanza, fueron fusiladas en él: desnudáronlas en seguida, y sus cadáveres permanecieron diseminados por espacio de tres dias.

«Condujeron al mismo lugar para fusilarlos á quinientos niños de ambos sexos, de los que el mayor número rayaba apenas en los catorce años. Nunca se viera un espectáculo mas tierno y espantoso: la pequeñez de su estatura puso á muchos al abrigo de los tiros; desatáronse las ligaduras, y se derramaron por los batallones de sus verdugos buscando un refugio entre sus piernas, á los que se abrazaron fuertemente, halzando hácia ellos sus rostros, en que estaban pintados la inocencia y el horror. Mas esto no causó impresion alguna en sus asesinos, que los degollaron á sus piés.»

Ahogados en Nantes:

«Multitud de mujeres, embarazadas la mayor parte, y otras con sus hijos en brazos, fueron llevadas á bordo de las gabarras... ¡Las inocentes caricias y la sonrisa de las tiernas víctimas, excitan en el alma de sus llorosas madres un sentimiento que acaba de despedazar sus entrañas; corresponden con efusion á tan dulces halagos pensando que es por la última vez!... Una de ellas acababa de parir en la playa, y sus verdugos la concedieron apenas el tiempo necesario para